

Tauricus

Lizbeth Limón García

El animal alazán me miró detenidamente, sus cuernos anchos se entornaron hacia mí. Alguna meditación lo detiene, está esperando embestirme, no sé por qué. Se ha detenido a mirarme con severa gana, puedo sentir su odio, ira, sin embargo, no se mueve, solamente me mira, como petrificado; no respira, solo mira e inclina —muy lento— su cabeza cornuda para avivar el punto fijo de su mirada sobre mis ojos. No pude moverme, sus pesadas ansias de herirme me han congelado de miedo. Escucho una voz que me advierte y me amonesta para que deje de moverme y así me encuentro. Pensé en correr detrás de una colina cercana, antes de que la noche me impida ver el camino, pero el animal sigue con rigidez cualquier cambio en mi figura. Quise hasta dejar de respirar para no turbar o incentivar sus ganas de molerme, perforarme con sus puntiagudos cuernos y pisotearme con el ancho de sus pesuñas.

Sin pensar también aprendí a observarlo: su piel es densa y tersa, tiene rígidos los músculos; le infundí mis ojos en respuesta de los suyos, traté de ver su rostro más humano y lo encontré. La noche se fue acercando y distinguí que el animal se movió lejos de mí, aproveché para tumbarme en el piso y cerrar los ojos. Me había cansado de mirar. No quise abrir mis ojos cuando sentí la oscuridad compacta que me envolvió, donde el aire se volvió cada vez más pastoso, más severo el silencio. Volvió el miedo, se hizo líquido, lo sentí tibio y nauseabundo, como la sangre que corre fuera de las venas, oscura, cuajada y pestilente; fluía alrededor de mí, dejándome sin respirar.

¿De alguna manera el animal me había devorado? ¿Qué hacía yo en sus entrañas? ¿Cómo a través de su mirada y oscuridad había llegado a habitarlo?

¡Que alguien rasgue su vientre! ¡Quiero respirar, me oprime, quiero salir!

Cada vez la tensión va oprimiendo fuertemente todo mi cuerpo y el líquido sanguíneo me cubre hasta los párpados. Siento crecer mis uñas, se vuelven garras nutridas de todo el miedo y dolor acumulados en mi mente. Extiendo los brazos y siento la fuerza de mis garras, son ellas las que me librarán, siento cómo hacen camino y ahondan el espacio para permitirme mover. Es pesado el dolor, los recuerdos se compactan, aún así, la fuerza que cobraron mis brazos me permite fluir dentro, como en un océano oscuro, profundo.

Melancolía o el arrullo del ave

El ave oscura nubla el cielo como un manto pesado que se expande con toda la fuerza de un vuelo lento. El filo de sus alas corta los árboles a su paso, no veo sus ojos, pero han de ser fuertes y brillantes. No lo sé. Todo alrededor es humo denso, se expande bajo sus plumas y el contraste del verde de las copas al caer obstruye la visión. Dentro de este pasaje húmedo, frío y solitario me encuentro. Me he enamorado del vuelo de esta ave firme y oscura. Tan pesado el color de sus alas que son una bóveda que separa el mundo. Hay una briza dulce que cubre la piel, emana desde el calor del cuerpo agitado, que huele el frío, poco a poco se apropia de él. Lo que queda de tibieza se irá remplazando por humo, casi espuma helada. He de dormir tranquila bajo el biombo lleno de plumas, hojas y neblina.